

## LA JORNADA DE DOS RIOS

por Alvaro Bunster

*"Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador, morir callado. Para mí, ya es hora".*

José Martí, carta a Federico Henríquez y Carvajal, 1895.

La hora, su "hora grande", parecía cercana. Si la revolución en marcha, pronta a estallar como un fruto generoso, no hubiese bastado para señalarla, de las circunstancias mismas surgía, expandiéndose, el presagio sobrenatural. Martí parecía adivinarlo. Su aureola de apóstol, cada vez más amplia y más pura desde aquella jornada inolvidable de Tampa, empezaba a confundirse con aquella otra, con la aureola del martirio. El calvario de su vida culminaba. Lo sentía él, en intuición sorda y secreta, y con algo de sagrada inocencia. Y lo sentían todos los que a él se debían, aunque hubiesen querido tener frente a sí, por una eternidad, su dulce palabra apostólica antes que la evidencia, a la vez cordial y dolorosa, de su divino sacrificio. Ahora que lo largamente esperado anunciaba su advenimiento por un gran presagio ineluctable, diluïdo y a la vez presente en el ambiente y en la circunstancia, todo el recuerdo dulce y amargo de su existencia febril le pasaba por la mente como una caricia, como un lento río invisible. Se agolpaban, descontroladas y distantes, las imágenes más dispares, y venían todas como en un recuento acucioso, como en un supremo desfile destinado a exaltar toda la maravilla insólita de esa hora, de ese anhelo que empezaba a plasmarse. Lo pretérito, lo consumado, retornaba desglosándose del tiempo para engarzarse a ese instante múltiple y misterioso. Y allí estaban, tangibles y próximas, sus inquietudes periodísti-

cas de adolescente, los años vividos juntos al maestro Mendive, el exilio en la Metrópoli, y aquel juramento de Madrid, que sólo ahora empezaba a cumplirse. Su consagración constante y su vigilia perduraban como una semilla abierta frente al amanecer ya cercano. La obra estaba hecha, construída, y su magnificencia espléndida presentaba el triunfo como certidumbre. A ella asociaba Martí toda una jornada gloriosa de entusiasmo colectivo, y sin quererlo, el fervor propio. "Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber", había escrito desde Montecristi a Henríquez y Carvajal. No obstante, su deber y su agonía expresaban ya una victoria extraordinaria. Tal vez lo sintió él íntimamente, porque era el evangelio incansable de su vida lo que empezaba a triunfar ahora, aún sin exteriorizarse. El instante infinito trascendía, y su medida humana quería vislumbrar en el pasado, lejano las barreras alzadas incansablemente ante la obra de liberación. Todas habían sido vencidas, pero desempeñaron, a lo largo de la tarea de preparación revolucionaria, un rol que se debía agradecer: fué el de contribuir a engrosar el torrente. La fuerza grandiosa de la revolución, repelida más de una vez por obstáculos mezquinos, volvía al ataque como una marea que, en un segundo esfuerzo logra cubrir la roca pertinaz que primitivamente la rechazara. Y Martí rememoraba ahora los obstáculos derrotados: distantes parecían ya los días de escepticismo y de desconfianza. ¡No, ya no había incrédulos! Cuba entera golpeaba hoy como un solo puño, y todas las almas se erguían en un incontenible grito redentor. De los lugares más lejanos, tal como en el 68, venían los "mestizos de poco cuerpo" y los "jóvenes de ciudad" a obedecer como soldados, a dormir en el fango, a comer raíces, a pelear sin paga todo el tiempo que fuese necesario para la obtención de la libertad. La cruzada, hecha de sudores y de esfuerzos sin límites, lucía su fortaleza aún en lo material: el tributo rendido con puntualidad religiosa por las emigraciones, por los veteranos de la "Guerra Grande", por "los que se alzaron en su sillón de ricos a quebrar con las manos desnudas el cetro español", permitió la organización de un ejército numeroso y tan potente en sus pertrechos de combate como en su calidad humana. Ante él, la más grande maquinaria bélica que Europa haya mandado jamás a tierra americana, quedaría

hecha trizas. La disciplina de las filas era una, uno el anhelo, una la esperanza, una la certidumbre del triunfo. Aquello representaba tres años de consagraciones pacientes, tres años de increíble entereza ante innumerables altibajos.

Lo realizado principiaba ya a disipar las maledicciones. En el espíritu de Martí persistía únicamente el recuerdo de aquella "carta infeliz" del brigadier Enrique Collazo, en que se osaba poner en duda su unción patriótica y su fervor revolucionario. A la insidia y a la calumnia había respondido su abnegada entereza, y de aquella contestación le venía a la mente esta frase: "¡Y con el pie en el barco de la guerra estaré, y si me encargasen que tentara la independencia por la paz, haría esperar el barco y la tentaría . . . !"

Pero, ¿por qué aquella frase, y no otra? Es que ahora, segunda semana de abril de 1895, está ya en cubierta, rumbo a la manigua. ¡Qué de sacrificios ha costado el embarque! Quisieron en un comienzo, partir por Samaná. Frustrado el propósito, un velero de Montecristi los llevaría a la Isla, pero el patrón, Buli Polonay, tal vez haitiano, después de haber consentido en el transporte de los expedicionarios a cambio de tres mil pesos, echó pie atrás con la marinería, arrepentido de la temeraria empresa. ¿Llevar revolucionarios a tierra extranjera? No, la posibilidad de ir a parar a Ceuta no era nada grata. Luego embarcaron en una goleta espléndidamente remunerada, más al llegar a Inagua, el capitán hizo subir con disimulo a un vigilante del puerto, que por dos veces registró acuciosamente la nave, sospechosa de portar armas. La tripulación acabó por desertar, y ante el peligro de que les fueran requisadas las armas adquiridas con tantos sacrificios en Cabo Haitiano, Martí bajó en busca de marineros. Todo en vano. La situación se tornaba difícilísima. Por fortuna, una nave mercante alemana se comprometió a embarcarlos, previo pago de mil pesos. Los lleva como pasajeros, pero frente a las costas cubanas descenderán en un bote.

En la mañana del once de abril zarpan, y ya al atardecer se divisan las montañas del Sur de Cuba. Martí, emocionado, calla. La sangre le arde. Cuando la noche llega, el barco comienza lentamente a acercarse hasta tres millas de la costa. Está el tiempo tan tempestuoso y el cielo tan oscuro, que el capitán, apenado,

vacila en dejarlos ir. De pronto, vira el buque, echan la escala y bajan los seis expedicionarios con gran carga de comestibles. Gómez ha tomado el timón, Borrero avizora; César Salas, el coronel Angel Guerra y el negro Marcos del Rosario bogan con entusiasmo; Martí lleva el remo de proa. Una traidora dentellada del mar, que escudriña de todos lados, los deja sin timón. Esto basta para que pierdan la ruta, pero ya el general lo ha sustituido por un remo, y enfilan nuevamente hacia la Isla, que los espera doliente, brumosa, trágica. Cuando el temporal escampa y sale la luna, a las diez y diez minutos, el bote toca tierra. Martí, silencioso, alucinado, es el primero en pisarla, alta la mirada, como escuchando un llamamiento. Gómez, de hinojos, besa el suelo cubano, recordando tal vez la "Guerra Grande", y Marcos del Rosario, el fiel negro de Santo Domingo, observa los ademanes de su General sin saber qué significan, pero termina por imitarlos. Luego retorna al bote abandonado para apropiarse dos argollas que se zafaron durante la travesía:

—¡Si salgo con vida en Cuba, amarraré con ellas la hamaca en Santo Domingo, cuando vuelva . . . !

Con el cargamento cubriéndole los hombros, sigilosos, yertos, suben los espinares y pasan las ciénagas. A trechos se tienden en el suelo húmedo, esperando la madrugada. En el Cajobal, unos "guajiros" generosos —gente amiga— los enteran de que el lugar en que desembarcaron es Playitas. Pero como no hay tiempo que perder, continúan la marcha hasta llegar a una cueva que Gómez, el "Chino Viejo", bautizó de inmediato: el "templo". Tarde de la noche retorna el mensajero con un práctico que el general ha hecho venir, y al alba siguiente la exigua caravana reanuda el camino. El Apóstol, con la sonrisa a flor de rostro, lleva a la cintura un machete y un revólver, carga al hombro una cartera con cien cápsulas, al otro, en un gran tubo, los mapas de Cuba y a la espalda, una mochila con dos arrobas de medicinas, "y ropa, y hamaca, y frazada y libros . . ." Gómez no se aparta de su lado: ni las lomas resbaladizas, ni las pendientes de breñas, ni el agua a medio cuerpo le arrebatan la sonrisa del rostro sudoroso y valiente. "Nos vamos halando hasta lo alto de los repechos— cuenta Martí. Nos caemos riendo". Cuando la media docena de libertadores se topa con la cuadrilla de Félix

Ruenes, el regocijo por ambas partes es indescriptible. Las atenciones para con el "doctor Martí" se entrecrocaban: "Uno trae su boniato amarillo, o su plátano asado: otro me brinda su agua hervida con hojas de naranjas y miel de abejas. Otro me regala, porque oyó decir que la tomé con gusto en el camino, una naranja agria."

En esos cincuenta soldados vive, radiante, el espíritu de la revolución. Y no todos son cubanos: hay entre ellos hasta un asturiano y un vizcaíno. Todos, eso sí, llevan hecha carne la generosidad. Puestos en fila, una arenga de Martí, les tocó en lo profundo. Para ellos ya es "el Presidente de la República."

La idea de la guerra, a fuerza de inundarlos cabalmente, parece no ocupar el porvenir. Cada paradilla y cada avance, tienen el fulgor de una fiesta: todos son compañeros. El día catorce, al anochecer, el general Gómez, seguido de los jefes, bajó en dirección a la cañada, haciendo señas a Martí de que permaneciese lejos. "Me quedé mohino —contará al día siguiente— creyendo que iban a concertar algún peligro en que me dejarían atrás." Pero al poco rato Angel Guerra, "con el rostro feliz", sube para notificarle que Gómez, como General en Jefe, había acordado en consejo, a la vez que reconocerlo en la guerra como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, nombrarlo en atención a sus servicios y a la opinión unánime que lo rodea, Mayor General del Ejército Libertador. "¡De un abrazo igualaban mi pobre vida a la de sus diez años! Me apretaron largamente en sus brazos"— dirá conmovido a Guerra y a Quesada.

El contacto con la manigua, en "Cuba libre", le exalta la emotividad enormemente. Procura refrenarla, pero sus cartas de entonces la delatan entera:

"Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo; este reposo y bienestar explican el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio . . . Es muy grande mi felicidad; sin ilusión alguna de mis sentidos ni pensamiento excesivo en mí propio, ni alegría egoísta y pueril, puedo decir que llegué al fin a mi plena naturaleza; y que el honor que en mis paisanos veo, en la naturaleza a que

nuestro valor nos da derecho, me embriaga de dicha, con dulce embriaguez. Sólo la luz es comparable a mi felicidad.”

La guerra ya comienza. Maceo y Flor Crombet, con una veintena de “mambises” han derrotado, luego de desembarcar en Duaba, a la guarnición de Baracoa. “Adelante van ellos —escribe Martí— y nosotros seguimos a pie, y llegaremos a tiempo de concertar las voluntades, para los golpes primeros, y dar a la guerra forma y significación . . . ” El avance deviene más lento porqué fuera de lo anfractuoso que el camino se torna, las horas de alarma se suceden. ¡Entonces todos los rifles están juntos! Cuando se unen a ellos las fuerzas de José Maceo, surge la necesidad de curar heridos; pero ya está allí el Apóstol, con el milagro del yodo. Y con el cariño, que es otro milagro.

En Carahueca, comenzando el mes de mayo, las filas se engrosan con los tres mil hombres del heroico mulato Antonio Maceo. El cinco acampan en La Mejorana, a las puertas de Santiago de Cuba. Celébrase aquella mañana la entrevista trascendental en que quedaría trazado el destino de la guerra. Los tres jefes máximos de la jornada emancipadora deliberan largamente, y al cabo habrá de saberse que Martí es el jefe supremo de la Revolución, Gómez el General en Jefe y Antonio Maceo el Jefe del Oriente. El mulato, resentido a causa de las eternas rivalidades con Crombet, insistió en que sus tropas estaban mal pertrechadas para emprender la campaña, y que era preciso que Martí se trasladara a Estados Unidos con el objeto de conseguir nuevo equipo y refuerzo. Gómez asiente y Martí, resignado, acata. Al hacerlo, reviven ante él aquellas líneas suyas de la famosa carta al dominicano Federico Henríquez y Carvajal: “. . . si la guerra me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor . . . De mí espere la deposición absoluta y continua . . . ” Partirá, pero llenando siquiera una vez su único deseo: pelear como bueno, confundido en medio de la brava tropa . . .

Desde el doce, ido el mulato, esperan en Dos Ríos —empalme del Gauto con el Contra maestre— la llegada de Bartolomé Masó. Martí, postrado por el tumor inguinal que le legó el presidio político de la adolescencia, emplea el tiempo escribiendo. Desde el campamento de la Bija redacta para Manuel Mercado

la carta que quedó inconclusa. La felicidad de esa hora no tiene para él otra sombra que la de la inexorable águila norteamericana, dispuesta a extender su ala de un momento a otro, a lo largo de las Antillas. ¡Cuánto cuidado hay que mostrar con ella! “Viví en el monstruo y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David”— escribe elocuentemente al amigo de México. Mientras tanto, Máximo Gómez ha permanecido cerca de dos días en una emboscada, junto a su gente, ante la proximidad de un gran convoy custodiado por una fuerte columna española. Pero el coronel enemigo, Ximénez de Sandoval, tomó sus precauciones, y el “Chino Viejo” ha de volver, agotada la paciencia, a reunirse con Masó y Martí, que esperan en Vuelta Grande, a una legua de Dos Ríos.

La oratoria de Martí se manifiesta aquella vez en su máximo vigor persuasivo. Culmina entonces, en la etapa final, su vocación apostólica, y el espectáculo del tribuno ecuestre tiene para todos un extraño valor de símbolo. Masó y Gómez, que hablan en seguida, acrecientan el entusiasmo en un grado increíble. Después de almuerzo, el consejo de jefes se ve interrumpido de súbito por alguien que trae al campamento la noticia de que en Dos Ríos se sienten disparos. A Ximénez de Sandoval no le fueron suficientes, al parecer, sus precauciones; informado de que el general en jefe operaba apenas con cincuenta hombres, le ha seguido el rastro. Gómez es todo acción; antes de entrar en batalla fracciona la tropa e insiste porfiadamente a Martí en que permanezca con Masó a retaguardia, que se retire hacia atrás, porque aquél no es su puesto. No bien grita: “¡A caballo!” cuando ya los primeros “mambises” vadean el Contramaestre y caen sobre una columna española, abriéndose camino a machetazos. La fusilería enemiga no los diezma, porque ya han formado sus cuadros, y cada descarga obra redoblando los ímpetus.

Pero ya Martí no puede más. Lo llama la Revolución, lo llama Cuba. En carrera desbocada, penetra por la densa humareda, seguido tan sólo de Angel de la Guardia, que no pudo resistir a sus requerimientos, y le facilita un revólver. Al llegar a un claro rodeado de yagrumas, una descarga cerrada paraliza el avance. Los dos caballos responden al estampido irguiéndose, altivos, sobre las patas traseras. Martí, herido profundamente en

pleno corazón, alcanza sólo a abrir los brazos y se precipita a tierra. Todo su cuerpo inmóvil es, en ese instante, una gran cruz que palidece insensiblemente, casi hasta la transparencia. Angel de la Guardia, repuesto algo de la caída, contempla un momento con respeto religioso el cadáver. Trata de cargarlo, pero sin éxito, pues ya los primeros soldados españoles se lanzan en una nueva arremetida, y debe replegarse desesperadamente hacia los suyos.

Fueron vanos todos los esfuerzos para recuperar el cuerpo de Martí. Fracasado Gómez en el intento de abrir una brecha en la columna enemiga, concentró —apenas supo la terrible nueva— la restante energía de la ya desalentada tropa, en rescatar el cadáver. Todo inútil. Las filas españolas iniciaron una retirada invulnerable . . .

En el silencio absoluto del campamento, lloró Gómez aquella noche por primera vez. No fué el único. Las pocas palabras que se cruzaron, penetraban en una atmósfera de mudo respeto, de sagrada unción para el caído. El Martí que desembarcó en Playitas llegó hasta Dos Ríos en su radiante calidad de hijo. Desde esa noche, su dimensión era, a los ojos de todos, la de un padre, de un padre protector, presente y próximo.